

LA AUTO-JUSTIFICACIÓN DE SÍ MISMO EN LAS CARTAS DE BARSANUFIO Y JUAN¹

1. Introducción

En las Cartas de Barsanufio y Juan encontramos reflexiones sobre temas de la vida cristiana que son bien conocidos pero que, sin embargo, reciben un punto de vista que les es enteramente propio y son de gran utilidad para el combate espiritual. Uno de ellos es sobre la “acusación de sí mismo”. Ésta es una enseñanza común del cristianismo, sin embargo en boca de Barsanufio y Juan recibe una perspectiva bastante desconcertante para el cristiano de hoy, más allá de que la tradición la mantuvo siempre presente gracias al gran desarrollo que le da el discípulo de estos dos grandes Ancianos: Doroteo, en su Conferencia 7. La acusación de sí mismo no se reduce, para ellos, a un simple reconocer y acusarse de las faltas propias. También incluye las faltas ajenas, como si fuesen propias. Esa fue la disposición con la que Cristo asumió el pecado del mundo, como si fuese propio (de hecho pertenece a su propio “Cuerpo”), ofreciéndose al Padre por ellos. Por eso el evangelio de san Lucas recuerda que mientras Cristo era crucificado decía:

Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Se repartieron sus vestidos, echando suertes (Lc 23,33-34).

Este relato es capital para ver a Cristo cargando sobre sí la Cruz del mundo, es decir, nuestro pecado, como si fuese propio, es decir “acusándose a sí mismo” del pecado del mundo y pidiendo al Padre que perdone a quienes lo llevaron a la Cruz. Cristo considera que “somos suyos” (cfr. *Jn* 1,11), y por eso

¹ Introducción, traducción y notas del P. Fernando Rivas, osb, Abad del Monasterio San Benito de Luján (Argentina).

asume nuestro pecado como propio. Y estos monjes del siglo VI consideran que todo cristiano debe asumir de este modo los pecados de su hermano.

De modo que fuimos perdonados y vueltos a la comunión con el Padre por la santidad de Cristo. Ahora bien, la otra cara de la acusación de sí mismo es la “justificación”: la santidad nos viene de Cristo bajo las diferentes formas sacramentales en que se hace presente en nuestra vida: abad, comunidad, ancianos, textos. El hombre no se justifica ni se santifica a partir de sus propias obras y méritos, sino a través de la vida y oración de sus hermanos por él. De allí que en este siglo VI, en que viven Barsanufio y Benito en forma contemporánea, las virtudes esenciales del monje sean la escucha, el consejo, y la obediencia, es decir, todo lo que viene de Dios por mediación del otro.

Nadie se justifica a sí mismo, sino que somos justificados por el otro. Pretender lo contrario: que sea yo quien deba buscar la santidad por mí mismo, que la consiga por mis propios méritos, es lo que ellos llaman “autojustificación”.

Esta realidad, de un claro contenido evangélico, es la que veremos en las Cartas que se presentan en esta selección.

2. La fuente del obrar humano

Para poder presentar este tema es necesaria una aclaración acerca del obrar humano, que es de raíz profundamente bíblica y que estos maestros de Gaza daban por supuesto. Y para ello vamos a recurrir a otro gran Padre de la Iglesia del siglo VI: Gregorio Magno. Sabiendo que esas realidades bíblicas y de Fe son de difícil captación, nos dejó a través de imágenes lo que no puede expresarse con conceptos.

En el libro Segundo de los *Diálogos*, hablando de san Benito, contemporáneo de Barsanufio, el Papa Gregorio relata este episodio:

1. Un día, mientras el venerable Benito estaba en su celda, el mencionado niño Plácido, monje del hombre santo, salió a sacar agua del lago y al sumergir descuidadamente en el agua el recipiente que llevaba consigo, se cayó tras él. La corriente lo arrastró en seguida y lo llevó agua adentro, casi a un tiro de flecha de la orilla. El hombre de Dios, desde su celda, se dio cuenta al instante de lo ocurrido. De inmediato llamó a Mauro, diciéndole: “¡Corre, hermano Mauro! Porque el niño que fue a sacar agua, se cayó al lago y la corriente lo arrastra lejos”.

2. Pero ¡cosa admirable e insólita desde los tiempos del apóstol Pedro (cf. Mt 14,28s)! Después de pedir y recibir la bendición, Mauro se dirigió a toda prisa para cumplir la orden de su Padre. Y creyendo que caminaba

por tierra firme, corrió sobre el agua hasta el lugar adonde la corriente había arrebatado al niño. Y agarrándolo por los cabellos, volvió también corriendo rápidamente. Apenas llegó a la orilla, vuelto en sí, miró hacia atrás y se dio cuenta de que había corrido sobre el agua y, admirado, se estremeció al ver como un hecho, lo que nunca se hubiera atrevido a hacer.

3. Cuando estuvo ante el Padre, le contó lo sucedido. Pero el hombre venerable Benito atribuyó esto no a sus propios méritos, sino a la obediencia del discípulo. Mauro, al contrario, sostenía que ello se debía sólo al mandato del Padre y que él no tenía parte en aquel prodigio porque lo había hecho inconscientemente. Pero en esta amistosa discusión de mutua humildad intervino como árbitro el niño que había sido salvado, diciendo: “Cuando me sacaban del agua, veía sobre mi cabeza la melota del abad y observaba que era él quien me sacaba de las aguas”.

4. PEDRO: Realmente es impresionante lo que cuentas, y servirá de edificación para muchos. Por mi parte, cuanto más bebo de los milagros de este hombre tan bueno, más sed tengo (Libro 2,7).

Este relato esconde un modo de ver profundamente bíblico, que encontramos desde el relato del *Génesis* sobre la figura de Adán, hasta los escritos más profundos de san Pablo sobre la justificación, pero al cual es difícil acceder si no es con una imagen, tal como nos lo trasmite san Gregorio.

Al salir del agua y haber salvado al niño Plácido, Mauro “*afirmaba que ello se debía sólo al mandato del Padre*”. Es decir: para el pensamiento bíblico cuando uno recibe un mandato está recibiendo la capacidad de actuar. Y por eso es el mandato quien recibe el mérito de la acción, tal como dice el joven Mauro en este relato. El pensamiento bíblico no es abstracto, sino concreto. Y por eso no afirma, como hacían los griegos, que nosotros tenemos la potencia de actuar, obremos o no. Para el pensamiento bíblico, y el de Cristo, nosotros actuamos en concreto cuando ponemos algo por obra y, por supuesto, algo bueno. Si obramos mal no tenemos ni libertad ni voluntad. Y lo que nos habilita para obrar el bien es el mandato que el otro me da, no mi potencia remota. Es así como Gregorio nos presenta al joven Mauro obrando un milagro, el caminar sobre las aguas, pero el joven dice, con total convicción “*que ello se debía sólo al mandato del Padre*”. Analizando este episodio desde el punto de vista de la mentalidad greco-latina, nosotros pensamos que quien nos da el mandato sólo da el contenido de la orden, y nosotros somos los que lo ponemos por obra. Es el sujeto quien tiene la potencia de obrar, no el mandato. A lo que las Escrituras le dicen: si san Benito no hubiese dado el mandato, su palabra, el joven Mauro no hubiera sabido qué hacer ni cómo obrar. Fue el mandato el que realizó la obra al despertar la

voluntad del joven para actuar. Es la palabra la que encierra el poder de obrar.

Podríamos graficar esto de un modo simplificado, pero significativo, diciendo así: para el pensamiento griego pagano Dios dota al hombre de voluntad al crear la naturaleza humana, mientras que para el pensamiento bíblico Dios dota al hombre de voluntad al darle los mandatos. Y, por eso, su sede más importante es la escucha y su nombre es: obediencia. Sin embargo, para Barsanufio y Juan esta diferencia de concepciones no se debe a culturas distintas, sino al pecado propio del hombre, que lo lleva a creerse el autor de su misma santidad. Así lo presenta el autor del capítulo tercero del *Génesis*: el primer hombre había recibido la palabra y mandato de Dios. Sin embargo, creyéndose dotado de un claro discernimiento del bien y del mal (es el nombre del árbol del que come), decide por sí mismo, arraigándose en su juicio y su propia consideración. Con ello el autor del relato está diciendo lo mismo que repetirá Barsanufio: es Dios quien le indica al hombre lo que debe obrar, su voluntad. En todo momento, no sólo en el AT y en el NT, sino “todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt* 28,19). Sin embargo el primer hombre, creyéndose autor de su propia justificación, obró conforme a lo que él había pensado, cerrando su oído a la Palabra de Dios.

3. La “autojustificación”: un concepto desnaturalizado

Tal como sucedió con tantas enseñanzas de los Padres monásticos de lengua griega, fue la sabiduría del padre Irenée Hausherr, s.j.², quien volvió a sacar a luz la riqueza de esta realidad que juega un papel tan importante en las enseñanzas de los monjes de Gaza y que a cada paso se hace presente en la vida de todo cristiano que quiere seguir verdaderamente a Cristo.

Lo primero que hizo Hausherr fue establecer claramente su significado. La palabra griega que designa la “autojustificación” es *dikáïoma*, derivada de *dikáïosis*, que significa “justicia”. Esta cercanía conceptual había llevado a muchos equívocos a la hora de querer entender qué querían decir Padres de la Iglesia como Barsanufio, al hablar de autojustificación. Y lo que sustancialmente significa para ellos la “autojustificación” (*dikáïoma*) es la pretensión que tiene todo hombre de saber por sí mismo qué es lo mejor que debe hacer ante una situación dada y, una vez convencido de ello, seguir creyendo que será uno obrar el que le dará la calidad de ser mejor. Y para ejemplificar esto los Padres, como Barsanufio, se remontan al mismo episodio de la caída de Adán. Veamos un texto de Doroteo que desarrolla y presenta esta situación:

¡Oh, hermanos míos, qué no ha hecho el orgullo! y ¡qué poder posee la humildad! ¡Había necesidad de tantas idas y venidas? Si desde el principio el hombre hubiese sido humilde y obedecido a los mandamientos, no hubiese caído. Y después de su falta Dios le volvió a dar una ocasión para arrepentirse y así alcanzar misericordia. Pero el hombre mantuvo la cabeza erguida. En efecto, Dios se acercó para decirle: ¿Dónde estás, Adán? (Gn 3,9), es decir: ¿de qué gloria has caído?, ¿en qué miseria? Y después le preguntó: ¿Por qué has pecado? ¿Por qué has desobedecido?, buscando con ello que el hombre le dijera: ¡Perdóname! Pero, ¿dónde está ese “perdóname”? No hubo ni humillación ni arrepentimiento, sino todo lo contrario. El hombre le respondió: La mujer que Tú me has dado me engañó (Gn 3, 12). No dijo: mi mujer, sino: la mujer que Tú me has dado, como si dijera: La carga que Tú me has puesto sobre mi cabeza. Así es, hermanos: cuando el hombre no acostumbra a echarse la culpa a sí mismo, no teme ni siquiera acusar al mismo Dios. Entonces Dios se dirigió a la mujer y le dijo: ¿Por qué no has guardado lo que te había mandado?, como queriendo decirle: Al menos tú di: Perdóname, y así tu alma se humille y alcance misericordia. Pero tampoco recibió el “perdóname”. La mujer por su parte le respondió: La serpiente me ha engañado (Gn 3,13), como queriendo decir: Si él ha pecado ¿por qué voy a ser yo la culpable? ¡Qué hacen, desdichados! ¡Al menos pidan disculpa! Reconozcan su pecado. ¡Tengan compasión de su desnudez! Pero ninguno de los dos se quiso acusar, y ni uno ni otro mostró el menor signo de humildad (Conf. 1,9).

En este texto tomado de la Conferencia 1 de Doroteo, se pone de manifiesto que la “autojustificación” fue la pretensión de Adán de saber mejor que Dios lo que debía obrar. Con ello estaba revelando la raíz de todo pecado: pensar que él debía ser el autor de su propia salvación. Y por ello Doroteo seguía diciendo:

Ahora pueden ver claramente a qué situación hemos llegado y cuántos males nos ha causado la costumbre de “auto justificarnos”³, la confianza en nosotros mismos y el apego a la voluntad propia (Conf. 1,10).

Aquí encontramos ese matiz propio de los Ancianos de Gaza que formaron a Doroteo: todos entendemos qué significa la “confianza en nosotros mismos” y “el apego a la voluntad propia”. Sin embargo no sucede lo mismo con ese movimiento del alma que ellos llaman “autojustificarnos”. En rigor

³ Tanto Barsanufio como Doroteo alternan dos expresiones para designar la “autojustificación”: una es *dikáiomia* y la otra es *dikáioum eautóu* (justificarse a sí mismo).

no se trata de otra cosa que del “orgullo”, visto, sin embargo, bajo una luz particular: no se trata de un simple apego a la propia voluntad, sino de la creencia de que Dios no le habla más, no lo guía ni le indica el camino de la vida. Y por eso se repliega sobre sí mismo, sobre su propio juicio. Y por ello le dan el nombre de auto-justificación.

En los distintos Padres este movimiento de repliegue sobre sí mismo toma diversos nombres, el más conocido es el que san Máximo plasmó con el nombre de *filautía* (*filo-autós* = amor de sí)⁴. Barsanufio prefiere el de auto-justificación. Tal vez porque considera que incluso antes del movimiento afectivo del amor sobre sí (*filautía*) hay un juicio (= justificación) interior que tiene como eje a uno mismo. Esta actitud de repliegue, de autojustificación, trabaja con un presupuesto (implícito) que es el siguiente: Dios no estaría en todo momento comunicándole al hombre los caminos de la vida, de la felicidad, de la justicia. Es el hombre, librado a sí mismo, abandonado por Dios, quien debe descubrirlos. No hay prójimo, no hay circunstancias, no hay disposiciones y providencia de Dios que estén guiando al hombre. Este parece ser el presupuesto de la autojustificación cuando asienta sus raíces en el corazón del hombre: Dios está muerto, y sólo habló en el pasado, dejando ahora al hombre solo con todo el proyecto de su propia vida.

Para confirmar la convicción profunda de estos monjes se debe tener en cuenta que en este siglo VI, como afirma Hausherr en el artículo citado, la expresión “Obra de Dios” (*Opus Dei* y *Érgon Theou*), que se utilizaba principalmente para designar la ascesis del monje, ahora pasa a designar la liturgia, es decir, la obra de Dios por el hombre y no al revés.

4. San Pablo y el marco bíblico de la autojustificación

Para poder entender la doctrina de Barsanufio y Juan acerca de la autojustificación se debe recordar que, en las enseñanzas de san Pablo, la obra de “santificación” realizada por Cristo, y el camino de la salvación que busca seguir el cristiano, reciben el nombre de “justificación”⁵. El hombre santo es llamado “justo”. Esta expresión suena un poco extraña para la mentalidad moderna, especialmente el asimilar la santidad y la justicia. Las dos parecen no tener nada que ver, sin embargo, desde un punto de vista bíblico, están tan unidas que son inseparables y es un rasgo típico de la mentalidad bíblica que debería llegar a modelar el pensamiento y la vida espiritual del cristiano.

⁴ HAUSHERR, I., *Philautie, de la tendresse pour soi à la charité selon saint Maxime le Confesseur*, en *Orientalia Christiana Analecta* 137, Roma 1952.

⁵ Cfr. “*Diké*” en G. Kittel, vol. II, 1191-1328.

Los salmos continuamente hacen referencia a la justicia y claman por ella, sólo que se suele pensar que se trata de simples reclamos de justicia civil, por cuestiones materiales, pero sin referencia alguna a la santidad del orante, a su relación con Dios. Sin embargo, tal como sucede en los evangelios, en san Pablo y en todo el Salterio, se están refiriendo a lo más profundo de la relación del hombre con Dios y la santidad de vida.

En la *Carta a los Romanos*, particularmente en su comienzo, san Pablo hace una pequeña síntesis de lo que significa la justificación y el sentido concreto y directo que tiene para la vida espiritual del creyente. Allí dice:

Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego. Porque en él se revela la justicia de Dios, de fe en fe, como dice la Escritura: “El justo vivirá por la fe” (Rm 1, 16-17).

Para san Pablo la salvación es una obra de “justificación” que hace Dios mismo en nosotros y, por eso, su opuesto es creer que somos nosotros quienes vamos a justificarnos, sea por la calidad de nuestras obras o por cualquier otro título que queramos presentar ante Él. El querer autojustificarse es, para san Pablo, lo opuesto a la Fe de Cristo que él predica:

Pero ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, atestiguada por la ley y los profetas, justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen –pues no hay diferencia; todos pecaron y están privados de la gloria de Dios– y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente, en el tiempo de la paciencia de Dios; en orden a mostrar su justicia en el tiempo presente, para ser justo y justificador del que cree en Jesús.

¿Dónde está, entonces, el derecho a gloriarse? Queda eliminado. ¿Por qué ley? ¿Por la de las obras? No. Por la ley de la fe. Porque pensamos que el hombre es justificado por la fe, independientemente de las obras de la ley. ¿Acaso Dios lo es únicamente de los judíos y no también de los gentiles? ¡Sí, por cierto!, también de los gentiles; porque no hay más que un solo Dios, que justificará a los circuncisos en virtud de la fe y a los incircuncisos por medio de la fe. Entonces ¿por la fe privamos a la ley de su valor? ¡De ningún modo! Más bien, la consolidamos (Rm 3,21-31).

San Pablo se enfrenta con lo más profundo que había llevado hasta ahora en su corazón, formado en la escuela del fariseo Gamaliel: la santidad

o justificación es el fruto de las buenas obras propias. Ante todo, san Pablo señala que la obra de redención, realizada por el Hijo de Dios hecho hombre, es una obra de justificación. Según san Pablo, Dios es quien justifica, y esto quiere decir que es Dios quien hace al hombre “justo” a causa de Cristo. Sin embargo el concepto sigue siendo un poco confuso para nuestra mentalidad contemporánea. Y, tal vez, lo que mejor ayude a comprenderlo sea la misma historia de san Pablo. San Pablo, como observante de la Ley judía, y con él todo hombre, descubre que su pretensión religiosa –espiritual– era justificarse, santificarse por sus obras, que no eran malas. Y, con esta concepción de fondo, Pablo de Tarso leía las Escrituras, las entendía de ese modo y vivía con toda radicalidad sus exigencias, pues sabía que en ello estaba su justificación. San Pablo sabía que la religión lleva a la justificación del hombre, que la observancia de los mandamientos (*dikaiómata*) era fuente de justificación. Pero lo entendía al revés, como sus contemporáneos: es uno mismo quien, por la observancia de los mandamientos, se justifica. En cambio, algo sucedió en su vida que cambió radicalmente su enfoque. Indudablemente se trató de su encuentro con Cristo en el camino a Damasco: es Dios quien, por medio de sus mandamientos, de su Palabra, de su voluntad y de Cristo, nos justifica.

5. La justificación como obra de Dios en Cristo.

Ahora, después de ese encuentro con Cristo, san Pablo toma una convicción muy clara y fuerte: el hombre no se justifica por sus obras. Éste pasa a ser el centro de su Fe en Cristo. Por eso la “pretensión de autojustificarse”, que tenía antes, aparece a cada paso en sus cartas y subyace a todo su replanteo de la vida espiritual y de su misma teología. Pero al querer explicar esto a los paganos y a los mismos judíos, sus compañeros de antaño, se da cuenta de que el problema no es sólo teológico sino también espiritual e implica la misma conversión que él acaba de hacer. En efecto, sabemos que las más grandes dificultades que experimentó san Pablo en su predicación venían del rechazo de su gran premisa: la justificación no viene de las obras, sino de la Fe, de Cristo. Y lo sorprendente fue que no sólo los judíos se opusieron, sino también muchos cristianos, formando grupos dentro de las iglesias que Pablo fundaba y que señalaban “alguna obra” especial por la cual, si el hombre la observaba, quedaba justificado (cf. *Ga* 5). Por eso san Pablo descubre que la conversión a la que llama el *Evangelio* es un constante movimiento de todo hombre, no sólo del fariseo, para vivir y reconocer que la justicia y la justificación vienen de Dios, no de las propias obras. Pero por eso mismo san Pablo sabe que su planteo es desestabilizante por naturaleza, porque estuvo a la base del pecado del primer hombre y, con él, de todo hombre que viene a este mundo. Y por eso mismo a lo largo de sus cartas y de

modos muy diversos, san Pablo está continuamente señalando y desenmas-carando esa búsqueda casi instintiva del obrar del hombre que quiere sentir-se justo gracias a sí mismo y sus obras:

Los que quieren ser bien vistos en lo humano, son los que os fuerzan a circuncidaros, con el único fin de evitar la persecución por la cruz de Cristo. Pues ni siquiera esos mismos que se circuncidan cumplen la ley; sólo desean veros circuncidados para gloriarse en vuestra carne. En cuanto a mí, ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo! Porque lo que cuenta no es la circuncisión, ni la incircuncisión, sino la creación nueva. Y para todos los que se sometan a esta regla, paz y misericordia, lo mismo que para el Israel de Dios (Ga 6,12-16).

San Pablo ve que de tal manera está arraigado ese movimiento de autojustificación en todo hombre, que sólo muriendo se puede librar de él. Por eso la vida del que pone su justicia en manos de Dios es la vida de un hombre nuevo, de una “creatura nueva”, creada por Dios, no por el hombre. El dinamismo Pascual de muerte y resurrección, inaugurado por el Bautismo, es el mismo movimiento que deja de buscar la autojustificación por sí mismo para ponerla en manos de Dios:

«Nosotros somos judíos de nacimiento y no gentiles pecadores; a pesar de todo, conscientes de que el hombre no se justifica por las obras de la ley sino por la fe en Jesucristo, también nosotros hemos creído en Cristo Jesús, a fin de conseguir la justificación por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley, pues por las obras de la ley nadie será justificado. Ahora bien, si buscando nuestra justificación en Cristo, resulta que también nosotros somos pecadores, ¿está Cristo al servicio del pecado? ¡De ningún modo! Pues si vuelvo a edificar lo que una vez destruí, a mí mismo me declaro transgresor. En efecto, yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios: con Cristo estoy crucificado; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Esta vida en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí. No anulo la gracia de Dios, pues si por la ley se obtuviera la justicia, habría muerto en vano Cristo» (Ga 2,15-21).

Por ello, junto con la recepción de Cristo, san Pablo sabe que tiene que hacer un cambio muy grande en su planteo religioso: es Dios mismo quien, por su Espíritu viviendo en su apóstol, realiza y obra la santidad, lo conduce por sus caminos y, por eso mismo, es Él quien realiza la justificación del hombre. La santidad y la justicia dejan de ser simples obras y pretensiones humanas, para pasar a ser la misma vida divina obrando en el hombre o,

como dirá el apóstol Pedro: es participación en la misma naturaleza divina (2 P 1,5). Este giro de 180° de la religión, hace que la pretensión de justificarse por las obras propias quede en el ridículo o, lo que es peor, pasa a ser el peor pecado del hombre y la fuente de los demás desórdenes. Sin embargo, como dice el mismo Pablo, todo hombre –como él mismo– quiere verse justo para poder tener cierta garantía de bondad. Pero el hombre no se justifica por sus obras. Es Dios quien, con su elección y su Espíritu, santifican al hombre, haciéndolo hijo de Dios. Es allí donde nace el concepto de Fe paulino, que significa mucho más que creer en Dios.

De este modo san Pablo arranca de raíz su antigua pretensión de fari-seo de autojustificarse, de justificarse por sus obras, de juzgarse y querer verse, por sí mismo, como justo:

Por tanto, que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se exige de los administradores es que sean fieles. Aunque a mí lo que menos me importa es ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano. ¡Ni yo mismo me juzgo! Ciertamente que mi conciencia nada me reprocha; mas no por eso quedo justificado. Mi juez es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor. Él iluminará los secretos de las tinieblas y pondrá de manifiesto las intenciones (tás boulás) de los corazones. Entonces recibirá cada cual de Dios la alabanza que le correspon-da (1 Co 4,1-5).

6. La autojustificación en las *Cartas* de Barsanufio y Juan

En la selección de *Cartas* que presentamos en este número, veremos aparecer el tema de la autojustificación con toda la riqueza que estos maestros del siglo VI le atribuyen. El lector debe ver que, a pesar de aparecer mencionada como al pasar, la “autojustificación” es la raíz misma del mal que está sufriendo el que ha consultado a Barsanufio sobre algún tema de la vida espiritual.

En las primeras dos, dirigidas al monje Eutimio, que se ve que tenía algún cargo de autoridad sobre otros monjes, la autojustificación aparece como la disposición que lleva radicalmente al hombre a evaluar las cosas que le suceden a partir de sí mismo, sin tener en cuenta la providencia y voluntad de Dios. Detrás de todo está esa providencia de Dios, pero que el hombre no puede ver porque está continuamente pensando e imaginando él mismo cómo deberían ser las cosas. Esa actitud es lo que más caracteriza la autojustificación: una no aceptación de la realidad, tal como es, tal como Dios la quiere.

Las siguientes tres (259; 316; 333) son para Doroteo, quien le había

hecho un planteo muy conocido: en este lugar no se vive santamente; si cambio de monasterio y modo de vivir podré crecer más. Barsanufio le hace ver que detrás de ese razonamiento, como raíz oculta, está la pretensión de autojustificarse (*dikáioma*), que no le permite ver que, en verdad, su santidad le viene de sus hermanos en la comunidad (del Cuerpo de Cristo) y de aquellos superiores que tomaron la carga de su vida sobre sus propios hombros (vicarios de Cristo). En la segunda se hace manifiesto cómo la pretensión de autojustificación es la raíz de todo apego a la voluntad propia, pues sólo por la fe el monje comprende que es salvado por la voluntad del otro, de Cristo.

La siguiente (464) es dirigida a un laico que pregunta con una gran lógica humana si para recibir el Cuerpo de Cristo debe verse libre de toda falta. A lo que responde el Anciano que eso sería ajutojustificación. El hombre debe siempre verse indigno de recibir la Santa Eucaristía. Y es la compunción del corazón la que permite deshacerse de toda pretensión de autojustificación.

La *Carta* 477 es lo que se podría llamar “la definición de la autojustificación”. Y, como tal, es paradójal. Estamos tocando lo que Barsanufio (esta respuesta es de su compañero Juan el Profeta) considera la raíz del desorden de la libertad humana. Y lo que afirma es que la autojustificación es “aquello de lo que no se puede uno enorgullecer”. Prácticamente equipara la autojustificación al orgullo. Esto es interesante, pues deja ver un costado del orgullo que no siempre se hace patente: el orgullo encierra una autoafirmación, un juicio que nos hace pensar que nuestro juicio es superior al juicio de todo otro, humano o divino. Es lo que sucedió, dice Juan, con Adán. Por otra parte su manifestación primera es la imposibilidad de darse cuenta de lo que uno ha hecho, es decir, no deja pedir perdón, como en el relato de *Gn* 3. Es lo mismo que dice Doroteo en la *Conferencia* 1,8 y al comienzo de la 2. Es el momento de señalar que en rigor, esta enseñanza acerca de la autojustificación parece llegar a Barsanufio por manos de Isaías de Gaza, en su *Logos* 2, y es perfeccionada en su sistematización por Doroteo a lo largo de sus escritos.

La siguiente *Carta* (615) plantea el caso más fuerte de pretensión de alcanzar la justificación por sí mismo: la desobediencia. Por el contrario, la obediencia sólo puede tener sustento firme cuando el monje descubre que su salvación viene de la obra de Dios que lo guía a través de aquellos que puso como sus representantes ante el monje.

La *Carta* 644 plantea otro efecto de la autojustificación: se cierra a toda confianza en las enseñanzas de los otros y a pedir consejo para ser guiado en la lucha y combate espiritual. El hombre vive solo, desconfiando de todo lo que él no puede resolver.

La *Carta* 724 presenta la autojustificación como madre de la pasión que más trastorna el juicio del hombre: la ira.

La última que presentamos (807) nos pone ante lo que podría llamarse la caricatura de la humildad. En este caso la autojustificación no es

causa de una pasión que daña, sino que se opone a la voluntad de Dios que, en su sabiduría, pide algo que el hombre, por falsa humildad, rechaza. Y en este caso se refiere a la ordenación sacerdotal que alguien no quiere por presunta humildad, pero que, a la luz de Barsanufio y Juan, es otra forma de autojustificación: obrando el bien no se puede aceptar que Dios presente nuevos caminos, cada vez más valiosos a sus ojos, pero que el hombre juzga, por falsa humildad, que superan su capacidad.

Bibliografía

- AA.VV., *Il Deserto di Gaza*, Bose 2004.
- BITTON-ASCHKELONY, B. & KOFISKY, A., *Gazan Monasticism in the fourth-sixth centuries: from Anachoretic to Cenobitic*, en *Proche Orient Chrétien* 50 (2000), 14-62.
- BITTON-ASCHKELONY, B., *Demons and Prayers: Spiritual Exercises in the Monastic Community of Gaza in the Fifth and Sixth Centuries*, en *VCh* 57,2 (2003), 200-221.
- DRISCOLL, J., *The "Ad Monachos" of Evagrius Ponticus, its structure and a select commentary* (StAns 104), Roma 1991.
- NEYT, F., *Les lettres de Dorothee dans la correspondance de Barsanuphe et de Jean de Gaza*. Diss., Louvain 1969. (No publicado).
- , *Citations "isaïennes" chez Barsanuphe et Jean de Gaza*, en *Muséon* LXXXIX 1-2 (1971), 65-92.
- , *La prière de Jésus*, en *CollCist* 34 (1973), 202-217.
- , *A form of Charismatic Authority*, en *ECR* VI, I (1974), 52-65.
- NOAH, P., *La méditation de Barsanuphe sur la lettre ètta*, en *Byz* 53 (1983) fasc. 2, 494-506.
- PARRINELLO, R. M., *Comunità monastiche a Gaza, da Isaia a Doroteo (secoli IV-VI)*, Roma 2010.
- PERRONE, L., *La chiesa di Palestina e le controversie cristologiche. Dal concilio di Efeso (431) al secondo concilio di Costantinopoli (553)*, Brescia 1980.
- , *Dissenso dottrinale e propaganda visionaria*, en *Aug* (1989), 451-495.
- , *I Padri del monachesimo di Gaza (IV-VI secolo): la fedeltà allo spirito delle origini*, en *La Chiesa nel tempo* 13 (1997), 87-116.
- , *The necessity of advice: spiritual direction as a School of Christianity in the Correspondence of Barsanuphius and John of Gaza*, en *Christian Gaza in Late Antiquity*, Leiden 2004, 172-178.

CARTAS DE BARSANUFIO Y JUAN

67. *Pregunta de abba Eutimio al Gran Anciano (Barsanufio): Tú, que has ido a buscar la oveja perdida (Mt 18,12) de Jesús, enséñanos cómo buscar al Pastor. Padre, quisiera hacerte todavía una pregunta más. Está escrito: “Buscad al Señor y sed fuertes; buscad su rostro en todo momento” (Sal 104,4). ¿Pero cómo puede un pecador buscar al Señor en todo momento? Explicanos esta palabra por Aquél que te concede sabiduría, a fin de que también nosotros busquemos el rostro del Señor. Pues a Él es la gloria por los siglos. Amén.*

Respuesta de Barsanufio:

Hermano Eutimio, pido a tu caridad colaborar conmigo a fin implorar a Dios, que ama a los hombres. Tu caridad me ha pedido escribir cómo buscar al Pastor. Pero después del primer día hasta el presente he suplicado a Dios por lo que me preguntas y me dijo: “Purifica tu corazón de los pensamientos del hombre viejo y te daré lo que pides. Pues mis dones tienen lugar en los corazones puros y es a ellos a quienes son concedidos. En cuanto tu corazón está agitado por la cólera, el rencor y las otras pasiones semejantes del hombre viejo, la sabiduría no puede entrar. Si aspiras a mis favores retira primero el mobiliario del extranjero (Ne 13,8) y los míos vendrán por sí mismos a ti. ¿No sabes que el esclavo *no puede servir a dos señores* (Mt 6,24)? Si me sirve a mí, entonces no es al diablo, y si es al diablo, no será nunca a mí. Por eso si alguien quiere ser digno de mis favores, que camine por mis huellas, considerando que he soportado todas las aflicciones como un cordero inocente, sin oponer resistencia (Is 53,7). Te he dicho de tener la simplicidad de las palomas (Mt 10,16) y, en lugar de ello, tienes las pasiones salvajes. Esté atento a que no te diga: “*Camina a la luz de tu fuego*” (Is 50,11).

Al escuchar tus palabras he entrado en duelo y gemido hasta que su bondad sea movida a compasión de mí y me libre de las pasiones terribles del hombre viejo, a fin de caminar por sus huellas del hombre nuevo y recibir con gran paciencia todo lo que me venga. Tú sabes lo que produce la perseverancia, y el Apóstol lo menciona (Rm 5,4). Ora, pues, hermano para que pueda recibirla y por caridad repréndeme si es que hay algo de lo que deba

⁶ Los textos griegos están tomados de *BARSANUPHE – JEAN DE GAZA: Correspondance*, ed. F. Neyt et P. de Angelis-Noah, traduction par L. Regnault, I-III (SC 426, 427, 450, 451, 468), Paris 1997-2002.

ser corregido. Pues soy un insensato, pero amo a los que me enseñan y corrigen, sabiendo que su enseñanza será para la salvación de mi alma. Reza para que evite caer en la autojustificación (*dikáioma*), de suerte que pueda soportar todo. Y perdóname de ponerte siempre en pena. Pero ello tendrá su abundante recompensa. En Cristo Jesús, nuestro Señor. Amén.

68. *Pregunta del mismo (Eutimio) al Gran Anciano: Padre, tú cargas sobre ti la responsabilidad por las penas que te provoco. Eso hacen los sabios, para llevar el fardo del prójimo (Ga 6,3). Y cuando he interrogado sobre tu respuesta, lo he hecho no sólo por mí, sino también por muchos, en vista al aprovechamiento de nuestras almas, sobre todo porque tú, Padre, en tu gran misericordia, nos llevas a preguntar sobre el camino de la vida. Pero te suplico, ya que el Señor te ha enviado a mí como un puerto y un refugio, ten piedad y pídele al Maestro que tenga piedad de mí y que me dé un poco de luz, pues no entiendo por qué caigo. Ilumíname como lo has hecho la primera vez, a fin de que haga penitencia. Entonces muéstrame el camino que debo recorrer, ya que has tomado mi alma como tu carga.*

Respuesta de Barsanufio:

Hermano, te hablo como a mi misma alma, pues el Señor ha unido mi alma a la tuya, diciendo: *No te alejes de él*. No seré yo el que te enseñe, sino que aprenderé yo de ti. En efecto, yo temo la palabra: *Tú que enseñas a otros, ¿no te enseñas a ti mismo!* (Rm 2,21). Y aunque está dicho que el más mínimo signo sirve al sabio (Pr 9,9), veo que no te ha bastado lo que te dije, y que quieres escuchar claramente cómo son las cosas. Si un loco se equivoca en sus palabras, todos lo perdonan porque entienden que él no sabe lo que dice. Pero si un sabio se equivoca, eso es imperdonable, pues él es sabio y es con conocimiento de causa que se equivoca. Del mismo modo, si un hermano de afuera se equivoca en palabras, es excusable, pues está en medio de todos; pero nosotros, que somos considerados como reclusos y solitarios y como buenos a los ojos de los hombres, ¿qué excusa podemos tener? Y ya que tú quieres entender las cosas, te digo: Vive en tu interior como muerto a los hombres. ¿Cómo puede ser que, cuando vas a hablar con los otros por caridad y con alegría, vuelves a irritarte y ponerte rencoroso, acusando al prójimo y no a ti mismo? ¿Acaso no dices que eres indigno, y sin embargo te envanece? Cuando se da la ocasión tú declaras: “di que yo lo he dicho y entonces escucharán con gusto”. ¿Por quién te tienes para que acojan tu palabra? ¿Acaso por Elías, el Profeta? Acúsate a ti mismo. Y todo lo que te suceda debes saber que no es sin el consentimiento de la voluntad de Dios, sea reposo para la acción de gracias, sea aflicción para soportar. ¿Dónde está la palabra de la Escritura: “*Soporta incluso a aquél que te golpea el rostro...*” (2 Co

11,20)? Por culpa de ello estamos lejos de Dios. Por eso, si tú quieres conocer el camino, he aquí en qué consiste: considerar a aquél que te golpea como aquél que te acaricia; a aquél que te injuria como aquél que te honra, y a aquél que te aflige como aquél que te da reposo. Y si, sea por olvido, sea a propósito y deliberadamente, no te dan tu ración habitual, no te aflijas, sino más bien di: “Si hubiera sido la voluntad de Dios, habrían venido”; y cuando lleguen, recíbelos con un rostro alegre, gozando de que el Señor haya tenido piedad de ti, indigno, como Daniel que, cuando el Señor lo visitó dijo simplemente: *¡El Señor se ha acordado de mí!* (Dn 12,37), juzgándose indigno. Por otra parte deja esa manía de autojustificarte (*dikáioma*), que te hace decir cada vez que pronuncias una palabra: “he hablado bien”, y a cada pensamiento que te viene: “he sido inteligente”. “Bien”, “bien”: ¿dónde está lo bien hecho? ¿Por qué no estamos atentos a no afligir a nadie, sea en palabras, sea en actos, a fin de que Dios esté siempre con nosotros? Te has esforzado por mostrar bien a los hermanos el deseo que tienes de realizar tu voluntad, al decir: “¡Si el trabajo no se realiza hoy!...”. Y así has dañado el alma de los más jóvenes que dicen: “¿Por qué el anciano no tiene paciencia para esperar dos días más?”. Dime en verdad, si el trabajo se hubiese realizado, ¿acaso ibas a subir a los cielos? Tú has sido desviado de tu camino por el diablo. De ahora en más, hermano, dejemos a los muertos enterrar a los muertos y anunciemos el Reino de Dios (Lc 9,60), en Cristo Jesús, nuestro Señor. Amén

259. *El mismo hermano (Doroteo) suplicó al mismo Gran Anciano diciendo: Ora por mí, Padre, porque soy muy desdichado, en todo necesito mucha benevolencia. Y siento que son sembrados en mí pensamientos que me aconsejan: “Vete al extranjero que allí serás salvado”. Que Dios, por la gracia de vuestras oraciones, no permita que ellos me dominen.*

Respuesta:

Hermano, maldito sea aquel que ha sembrado en tu corazón tales pensamientos para hacerte transgredir los preceptos, abandonando este lugar, y éste es el demonio. Te hace tal cosa valiéndose de la autojustificación (*dikáioma*) o pretendida justicia y aprovechándose de ti te hace objeto de escándalo para muchos al punto que carga con el peso de su condena. Y tú sufres esto a consecuencia de tu negligencia y tu vanagloria. Tú te dices “Si me voy al extranjero tendré que soportar el desprecio”. Y ¿cómo te explicas entonces que tu corazón se turbe al enterarte de que tu hermano ha dicho algo contra ti y no quieres que se sepa que has cometido una falta? Es por tu negligencia que los demonios ponen en acción también la vanagloria, a fin de perder tu alma. Hermano, aférrate al Señor que, sin la mano de Dios y las oraciones de los verdaderos servidores de Dios que están aquí, no serías capaz

de permanecer un año entero en el monasterio. Pero como un ciego, no ves todo el bien que Dios ha obrado y continúa dándote, por las oraciones de los santos y del bienaventurado Abrahán, que te ha dicho a ti y a tu hermano: “Si vosotros permanecéis en este lugar, yo seré vuestro intercesor”. Hermano, vela sobre ti mismo con precaución y lucha contra tus pensamientos para no caer en la negligencia, ni en la vanagloria, ni en no obedecer en nada a tu voluntad. Cuida también de no aceptar los pensamientos inspirados por pretensión de justicia, porque entonces caerás en el abismo. Persuádetes de que donde vayas, de un extremo al otro de la tierra, en ninguna parte serás ayudado como aquí. Como el ancla al navío, así será para ti la oración de los Padres de este lugar. Adquiere firmeza y aparta de ti la familiaridad, que trae todo mal al hombre; no te preocupes por nada y descansarás en Dios. Muere para todo hombre: ése es el estado de desapego. Conserva también el desapego de ti mismo y tu espíritu será exento de toda perturbación. No consideres que has hecho algún bien y tu salario será conservado intacto. Recuerda que no llevarás por mucho tiempo tu cuerpo y sé fervoroso para poder decir con certeza en el momento supremo: *“Estoy dispuesto y no estoy perturbado”* (Sal 118,60). Hermano, sin trabajo es imposible vivir y sin luchar nadie es coronado. Esfuérzate, luchando, por ser salvado, y Dios te ayudará, pues *“quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”* (1 Tm 2,4). Que Él mismo se apiade de ti, hijo mío, para que te dediques con fervor a tu labor. Porque de Él son la misericordia, el poder, y la gloria por los siglos. Amén.

316. *Pregunta del mismo hermano (Dorotheo) al mismo Anciano: Me has ordenado repartir mi tiempo entre el retiro y los asuntos exteriores, pero si llego a tener un momento libre y lo encuentro propicio para quedarme un poco en mi celda, enseguida soy muy importunado por los amigos, monjes o seculares, que tienen la costumbre de venir. Si aparezco quedo luego afligido y si no lo hago debo quedarme en mi celda, con lo que perjudico al servicio de la enfermería. ¿Quieres que diga a uno de estos hermanos que están conmigo que se ocupe de este servicio hasta que yo llegue? ¿O bien debo irme sin falta de allí? Todo esto yo lo pienso como hombre, pero si encuentras en esto una pretensión de autojustificación (dikáioma), que se haga la voluntad de Dios y no la mía (Lc 22,42), porque la voluntad propia no se mantiene y desemboca en la ruina.*

Respuesta de Juan:

En tanto el hombre se sumerja en la humildad, progresa. Permanecer en tu celda no sirve de nada, porque así te encuentras sin tribulaciones y si te encuentras prematuramente sin tribulaciones el Enemigo te preparará más bien perturbación que descanso, a tal punto que te llevará a

decir: “Ojalá que no hubiera nacido”. En cuanto a lo inoportuno de los hombres, los Padres han dicho al respecto. “¿Existe algún hombre que, en el momento de la muerte, se ocupe de las amistades de este mundo?” (*Alfabética Poimén* 123). Por consiguiente ni des ni recibas nada de ellos y así te resultarán ajenos. En cuanto al servicio que pudieras pedir al hermano, si obras por ti mismo te haces un favor a ti, pero si obras por tu hermano éste se beneficiará del excedente de tu trabajo y de tu oración. Ya te he dicho en mi carta anterior con respecto a la compasión, de luchar, si crees en las palabras del apóstol: “¿Quién es débil sin que yo no comparta su debilidad? ¿Quién será escandalizado sin que yo me abrase?” (2 Co 11,29). Atormentados con aquellos que son atormentados “como si fuesen un solo cuerpo” (Hb 13,3).

333. *Pregunta del mismo hermano (Doroteo) al mismo Anciano: Si queriendo corregir a alguno de los hermanos que ha cometido una falta le hablo con irritación ¿debo prosternarme para pedirle perdón? Y si encolerizado se va de la enfermería ¿qué debo hacer? En general ¿por cuáles faltas es preciso prosternarse? Porque el orgullo y la manía de justificarse (dikáioma) oscurecen el espíritu. Y cuando me prosterno la vanagloria vuelve a aparecer.*

Respuesta de Juan:

No hables jamás con irritación porque el mal no engendra el bien. Espera pacientemente que tu espíritu esté calmo y entonces hablarás con tranquilidad. Si el hermano se deja persuadir habrá estado bien. Si no, dile: “Si quieres se lo digo al Abad, y haremos lo que él juzgue conveniente”. Pero no te prosternes ante él, porque le harías sospechar que ha habido falta de tu parte y te sería más hostil aún. En cuanto a los otros casos de falta tuya, trabaja con celo, según te parezca la falta. Si es grave prostérnate, si es liviana di con pesar en el corazón, “perdóname hermano”, y guárdate del orgullo y de la autojustificación (*dikáioma*) que impiden prosternarse para pedir perdón; también es posible que te prosternes por vanagloria. Detestando estas tres cosas, prostérnate cuando sea necesario con humildad, temor de Dios y discernimiento. Actúa en esto según tus fuerzas y Dios te ayudará por las oraciones de los Santos. Amén.

464. *Del mismo (un laico) por algo semejante: Maestro, ¿cómo nuestro Maestro y Salvador Cristo ha permitido a Judas, el traidor, participar en la cena mística? San Juan Crisóstomo ¿no dice en su comentario a San Mateo: “Es necesario que aquel que es indigno se aleje de esta mesa misteriosa y temible” (cf. PG 58,743)? Y san Pablo nos dice que incurre en condenación, y no permite que el que tenga pecados en su conciencia, tenga la audacia de aproximarse a los santos misterios y de participar de la vida celestial (1 Co 11,27-28). ¿Qué debo hacer,*

pues? Porque, como yo soy un gran pecador, esto me perturba.

Respuesta:

Para mostrar su gran amor a los hombres y cómo él sostiene a los hombres hasta su último suspiro, a fin de que haga penitencia y obtenga la vida, por esto es que Dios ha lavado los pies de Judas y le ha hecho participar de los santos misterios, para quitar toda excusa, a él y a aquellos que siempre dicen: “Si él le hubiera dejado gozar de estos misterios, no se hubiera perdido”. Pero él se condenó a sí mismo y la palabra del Apóstol se cumplió en él: “*Si el infiel quiere separarse, que se separe*” (1 Co 7,15); palabra dicha para los pecadores y para aquellos que rechazan igualmente la penitencia. Si se aleja de los santos misterios como lo hace san Juan Crisóstomo, es para instruirlos y amenazarlos con el juicio y el infierno, porque el santo no dice que hay que rechazarlos por la fuerza ni suprimirlos de la Iglesia. Jesús mismo no hizo esto con Judas. Pero si continúan participando de los santos misterios y tienen la imprudencia de acercarse a ellos, se condenarán a sí mismos separándose de la gloria de Dios. Por el contrario, los pecadores que se acercan como heridos y que tienen necesidad de ayuda, son curados por el Señor, quien los convierte en dignos de los misterios, él que ha dicho: “*No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores a la penitencia*” (Lc 5,32). Y aún más: “*No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos*” (Lc. 5,31). Y repito, lo que decía san Juan Crisóstomo de apartar a los pecadores de los santos misterios, era para atestiguar la sentencia de condenación. Y en efecto “*quienquiera que come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenación*” (1 Co 11,29); y éste es arrojado fuera de la Iglesia de Dios. Porque no ha recibido más que su propio juicio. Y he aquí por qué dice precisamente que no hay que excluir a los pecadores, a fin de que ellos no se den a sí mismos la autojustificación. Nadie debe pretender ser digno de la participación en los misterios, sino que cada uno debe decirse: “Yo soy indigno y creo que seré santificado al participar”. Y lo será por su fe en nuestro Señor Jesucristo. A él la gloria por los siglos. Amén.

477. Pregunta: Padre, tú me has explicado cómo todo aquello que viene acompañado de perturbación y de vanagloria proviene de los demonios. Doy gracias al Señor de haberme esclarecido por tu enseñanza espiritual y de haber concedido a los pecadores conocer por los santos el camino de la vida. Pero, te ruego, enseñame también qué es la autojustificación.

Respuesta:

La pretensión de justicia es precisamente algo de lo que no hay que

enorgullecerse, la negación de la falta, como en Adán, Eva, Caín y todos los pecadores que, queriendo justificarse ellos mismos, han negado su pecado.

615. *El mismo hermano aún se negó al abad, y preguntó al Gran Anciano si era mejor obedecer al juramento hecho en un momento de cólera, o retractarse y no cumplirlo. Recibió la siguiente respuesta del Anciano:*

El Señor dijo a Moisés: “*Desciende rápido, porque el pueblo que has sacado del país de Egipto, ha prevaricado; se desviaron del camino que yo les había prescrito, y han fabricado un becerro y adoran a ese ídolo*” (Ex 32,7-8). Desdichado, ¿cómo te has alejado tan rápido de la obediencia? El diablo quiere separarte completamente y se encarniza contigo. ¿No es lo que te dije, que eres insensato e incircunciso de corazón? ¿Dónde has arrojado mis palabras? ¿Por qué esta prisa en precipitarte en el abismo del diablo? ¿Cómo el Enemigo ha escondido de tu mirada las palabras que te dije? ¿Acaso no recibiste la recomendación de abandonarte en las manos de Dios y en las manos de tu abad? ¿No has recibido la seguridad de que él quiere la salvación de tu alma como el bien de su propia alma? No deberías haberte negado a obedecerlo, como si te hubiese propuesto cometer un crimen, principalmente para beneficio de los hermanos y tuyo, ya que Satán, bajo una pretensión de autojustificación (*dikáïoma*), te hace perderte, de tal forma que ni tú ni ningún otro resulta beneficiado. Quieres exponerte a la maldición de los Fariseos y caer bajo la amenaza de la espada anunciada por Ezequiel (Ez 33,1-6). ¡Que así sea! Tú no puedes ser útil a nadie, pero ¿por qué no le dices a quien puede? ¿Cómo te has transformado tan rápido en algo semejante a un perro “*que regresa a su vómito*” (Pr 26,11; 2 P 2,22), y semejante a un puerco que, “*apenas lavado, se revuelca en el chiquero*” (2 P 2,22)?; así eres de inflexible en tu dureza de corazón. Te ha ordenado decirle absolutamente todo lo que te pasa, incluso si la culpa es suya, y tú lo exasperas como el pueblo exasperaba a Moisés. Ahora, enrojece de confusión, arroja tus antiguos hábitos, vuelve y Dios te recibirá, porque él es misericordioso. No busques complacer a los hombres, con lo cual te perderás y no serás servidor de Dios (Ga 1,10). Vela sobre ti, desdichado, y teme a Dios. No es preciso que cumplas lo que has jurado en un momento de cólera, ni que transgredas el mandamiento de Dios que dice: “*No matarás*” (Ex 20,19). En efecto, es mejor pedir perdón a Dios por aquello que habías jurado hacer y no haz hecho, que exponerte a la condena soportada por Herodes, el cual, por mantener su juramento impío, hizo cortar la cabeza de Juan el Precursor (Mt 14,7-10); perdió la vida eterna, quedó librado al castigo terrible y eterno. Es mejor retractarse y pedir a Dios el perdón que sólo él puede darte. ¡Bienaventurado hubiese sido el mismo Herodes si lo hubiera hecho! Por no haberlo hecho, se convirtió en miserable entre todos y maldito por siempre. Pedro, al contrario, el príncipe

de los apóstoles, que había jurado tres veces y con maldiciones que no conocía al Salvador, reconoció su falta y por su llanto amargo y sincero arrepentimiento lo borró (Mt 26,69-75); y fue recibido por el Maestro benevolente para el hombre, Cristo Salvador. No sólo mereció la alegría anunciada por el ángel a las mujeres: “*Diles a sus discípulos y a Pedro...*” (Mc 16,7), sino que el Señor mismo en compensación a sus tres negaciones, le pregunta tres veces: “*Pedro, ¿me amas?*” (Jn 21,15-17), para mostrarle que la falta de su triple negación había sido reparada por su extraordinaria penitencia. Cuídate de ahora en adelante de jurar y de transgredir el mandamiento de Dios. Pero si aún cometes esta falta, no dudes en retractarte. Si Pedro hubiese mantenido su juramento de no conocer a su Maestro, hubiese sido separado y alejado de su gloria.

644. *El mismo, viendo que el abad contaba a los hermanos visitantes los milagros del santo Anciano, preguntó sobre este asunto al otro Anciano, Juan. Sabiendo por él cuál era la intención del abad, no se preocupó más. Pero preguntó además al mismo Anciano: Padre Juan, ¿cómo es esto? Durante horas y horas veo hablar al abad de la virtud de los Ancianos y me regocijo de estas palabras que me parecen edificantes. Y luego otras veces, me parece que eso escandaliza en lugar de edificar, por el hecho de que son sus propios Padres a quienes él alaba y esto me atormenta. Siento lo mismo con respecto a los otros Padres. Me parece que hablan demasiado fácilmente. Te suplico pues, Padre, que me digas qué es todo esto y que ruegues para que me vea liberado de estos malos pensamientos.*

Respuesta de Juan:

Hermano, que Dios te dé capacidad para entender, comprender y traducir en obras las palabras que te son dirigidas. Este sentimiento que tienes es pretensión de justicia y crítica. Pretensión, porque te consideras a ti mismo digno de contar. También crítica en aquello que tú dices: “¿Por qué él cuenta esto?” No recuerdas que “*el Espíritu sopla donde quiere*” (Jn 3,8). ¿Podrías decirme por qué el Señor, al sanar a algunos les ordenaba no decirlo a nadie (Mc 7,36), mientras que a otro le dijo: “*Ve a mostrarte al sacerdote y haz la ofrenda para tu purificación*”, agregando: “*testimoniando por ellos*” (Mt 8,4; Lc 3,14) y: “*Cuenta todo lo que Dios hizo por ti*” (Lc 8,39)?

Las cosas que dijo el abad son pues para la edificación de aquellos que las escuchan con temor, y para la condenación de aquellos que no las reciben con fe. Por el momento esto no puedes discernirlo, porque justamente en este momento tu corazón está convulsionado. En efecto, el Apóstol dice: “*Nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo entre aquellos que se salvan como entre aquellos que se pierden. Para los unos, un olor de muerte que conduce a la muerte; para los otros, un olor de vida que conduce a la vida. ¿Y quién pues es capaz de esto? Porque nosotros no somos como tantos otros que trafican con*

la palabra de Dios” (2 Co 2,15-17). Si, pues, te preguntas por qué el Anciano te ha reprendido porque contaste (lo sucedido), y no reprendió al abad, no busques discernir lo que subyace, sino humíllate de corazón diciéndote: “El Anciano me ha reprendido porque soy indigno de hablar, pero al abad, que sí es digno, le ha permitido hablar para la edificación de sus oyentes”. Comprendamos que por todos los medios el Anciano nos lleva a la humildad, a menospreciarnos a nosotros mismos y a la conciencia de nuestra indignidad; pero nosotros, nosotros no queremos doblar la cerviz. Volvamos pues a la humildad y Dios nos revelará sus misterios, a fin de que hablemos cuando es necesario y nos callemos también cuando es necesario, de tal forma que en ambos casos sea para nuestro beneficio y el de aquellos que nos escuchan. No juzguemos y no menospreciemos a aquellos que nos escuchan, a fin de no ser condenados en lugar de ser edificados. Porque si nos interrogamos preguntándonos en nuestro interior: “¿Sabemos si aquel que habla lo hace bajo la acción del Espíritu?”, encontraremos que no sabemos nada. Pensemos pues en el bien y no en el mal. Porque el malvado piensa en el mal y el bueno en el bien. En Cristo Jesús nuestro Señor. A él la gloria por los siglos. Amén.

724. *Otro laico piadoso preguntó así al mismo Anciano: Cuando veo que alguien injuria a un monje o lo engaña, me pongo fuera de mí y arremeto contra él. ¿Está bien o mal?*

Respuesta:

Nada que venga de un estado de perturbación es bueno, pues siempre viene de la instigación del diablo, bajo una pretensión de justicia (*dikáioma*). Si, pues, estás perturbado, no digas nada; porque pones al otro en una perturbación mayor, porque no se quita un mal con otro mal. Pero si no estás perturbado, dile con dulzura: “¿No temes pecar ultrajando injustamente a este abad? ¿No sabes que el hábito que lleva es de Dios y que a Dios irritas?”. Diciendo esto, hablarás según Dios, y Dios podrá calmarlo según su voluntad.

807. *Pregunta: ¿Por qué después del testimonio de los Padres alguno ha rehusado ordenarse o bien por qué se ha retirado después de haber sido ordenado?*

Respuesta:

Si se rehúsa, hay que obligarlo. Y si, a pesar de la obligación, se evade de la ordenación, la culpabilidad no recaerá sobre aquellos que han hablado por él, sino sobre él, que no valora la voluntad de Dios; porque él debe probarse y ejercer violencia sobre sí mismo para aceptar esto. Si se siente incapaz, que nuevamente, puesto que ha sido sazonado con la sal de Dios (*Col*

4,6), pregunte a los santos y obre conforme a la decisión de ellos. En efecto, muchos entre los santos, después de haber rehusado, han sido obligados por Dios. Porque Moisés dijo: “*Ocúpate de elegir a otro*” (Ex 4,13), y Jeremías: “*Soy demasiado joven y no sé hablar*” (Jr 1,6). Otros entre los Padres han huido de la ordenación, pero, después de haber sido presionados y ordenados, han llevado la carga del ministerio por el nombre de Dios. Aquel que es coaccionado para acceder y rehúsa, huye de la obediencia, y la Escritura dice: “*La obediencia vale más que el sacrificio*” (1 R 15,22). Pero si se trata de otros que viven en el retiro sin ver jamás a nadie, no se debe encarar tal función para ellos, la cual los haría vivir entre miles de hombres. Por el contrario, aquel que tiene relación con otros y que, en caso de necesidad, no se rehúsa a entrar en ciudades y pueblos, si tiene testimonios que refrendan que es bueno e idóneo, es a ese a quien los obispos deben tomar y ordenarlo; porque puede ser útil no solamente para su alma sino también para la de los otros. Por esta razón, el Apóstol recomendaba a Tito: “*instituir en cada iglesia a los sacerdotes*” (Tt 1,5), que, evidentemente, sean dignos de este cargo, como Timoteo por ejemplo. Igualmente san Gregorio y otros semejantes a él fueron obligados a ordenarse. Y buscando bien, encontraríamos hoy día muchos otros servidores de Dios que han sufrido lo mismo y que, aunque terriblemente afligidos, sin embargo se han sostenido en su labor por temor a rechazar la voluntad de Dios (*dikáioma*). Si alguno rehúsa desconsideradamente, es necesario rezar por temor a que su rechazo atormente su alma. Porque puede suceder que, por una pretensión de justicia, Satanás haga caer al hombre. ¡Que el Señor lo eche lejos de nuestras almas y de las de todos aquellos que le temen! Amén.